CRISTINA CARRO

El amor es inmortal y cual

divinitybooks.

mr

Cristina Carro

El amor es inmortal y cual

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2017, Mediaset España Comunicación, S. A.
© 2017, Cristina Carro
Por fragmento de «Girls Just Want To Have Fun» (Robert Hazard), ©1983 Bajo licencia de SONY ATV MUSIC PUBLISHING (SPAIN) LLC. S.C.
© 2017, ©Editorial Planeta, S.A.
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: marzo de 2017
ISBN: 978-84-270-4314-5
Depósito legal: B 2868-2017
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Black Print

Impreso en España-Printed in Spain

1

El orden de las cosas

Veamos. Camiseta blanca, no; camiseta de rayas finas, no; camiseta granate, no; otra camiseta de rayas finas, no; camiseta azul eléctrico, no; camiseta de rayas grises y blancas, no; camiseta gris, no; camiseta estampada, no; camiseta negra, sí. Una. La aparto.

Camisa plateada, no; camisa de cuadritos *vichy,* no; camisa azul eléctrico, no; camisa de lentejuelas del primer fin de año que me dejaron salir por la noche, no; camisa... ¿por qué sigo guardando una camisa de lentejuelas que tiene más de quince años y jamás, a no ser que vaya a una boda gitana, me volveré a poner? Hace poco he leído que hay una china que se está volviendo insultantemente rica por haber escrito un superventas sobre cómo ordenar la ropa. Sí, sobre cómo ordenar la ropa. Que igual no es china, vamos, seguro que no, pero como a mí decir asiática me parece un poco *snob* y no sé seguro si es china, japonesa, coreana, vietnamita, filipina o vaya una a saber, pues la llamo china, que es como se ha llamado toda la vida a la gente de ojos rasgados, nariz pequeña, pelazo liso negro y piel de marfil.

Total, que la china esta ha escrito todo un libro hablando de ordenar armarios y cajones. Y se ha forrado la muy asiática. Que digo yo, ¿para cuántas páginas puede dar lo de ordenar armarios y cajones?: «Capítulo número uno, ordena tus armarios y cajones. Capítulo número dos, hazlo con cierta frecuencia para que no se desordenen. Fin». Pero como decía, la china se ha forrado, así que, a lo mejor, algo más dice ese libro, algo importante, algo sobre cómo deshacerse de las camisas de lentejuelas de más de quince años que solo te pon-

drías para una boda gitana; o quizá algo sobre cómo no comprarte prendas azul eléctrico por mucho que te gusten si, al final, nunca sabes con qué combinarlas; o sobre cómo ordenar la ropa por colores para que, cuando busques tu ropa negra, no tengas que estar levantando camiseta por camiseta para ver de qué color es la siguiente.

Tras tres baldas, cuatro cajones y la barra de perchas, me encuentro con la siguiente recopilación de ropa negra: tres camisetas, una camisa, un vaquero, cuatro mallas de licra, siete pares de medias, ocho bragas, siete sujetadores (nunca supe adónde fue a parar el octavo), un bikini horrible, un bikini normal, un bikini tipo tanga cuya etiqueta jamás fue quitada, dos vestidos de invierno y uno de verano.

Las camisetas son demasiado informales para la ocasión, no me gustaría que la gente comentara que voy informal. La gente es muy de comentar. Muy de comentar lo malo, quiero decir. Te aseguro que nadie dirá nada como: «¿Y viste a Amanda? Iba ideal, discreta y elegante, que parecía la mismísima Isabel Preysler», o como: «Chica, con lo que tiene y allí estaba, atenta y amable como Jackie Kennedy». No, la gente nunca dice esas cosas, nadie te va a comparar nunca con Isabel Preysler o Jackie Kennedy como no sea para insinuar que eres una cazafortunas o una cornuda tremenda. La gente es así. Al menos, la mayoría de la gente. Por eso descarto las camisetas.

La camisa es un poco abrigada de más, y como por nada del mundo querría ir con unos rodetes debajo de mis axilas —porque, desde luego, nadie va a decir que llevo unos rodetes debajo de las axilas, sino que llevo los sobacos empapados de sudor—, pues descarto también la camisa.

Fuera los vaqueros, no vamos a un concierto de rock. Mallas de licra... ¿Mallas de licra? ¿Pueden llegar a resultar elegantes combinadas con alguna parte de arriba adecuada? No lo sé. Las pongo en el montón «quizá».

Elijo las medias más finas y guardo el resto. Selecciono el conjunto de braga y sujetador más nuevo y guardo el resto. Guardo los bikinis, preguntándome por qué me compré uno tipo tanga si sabía perfectamente que jamás iba a atreverme a usarlo. Guardo uno de los vestidos de invierno y dejo el otro,

más ligero, fuera. Miro el vestido de verano, no está mal. Lo dejo fuera también.

Vamos ahora a por los zapatos. Los tengo todos en el armario de debajo de... Un momento, ¿he creído advertir en el ligero suspiro aburrido que has lanzado, que te parece que me estoy preocupando excesivamente de un tema demasiado superficial como es la ropa? O sea, o sea, o sea, un momento que me aclare y me masajee el puente de la nariz. ¿Me estás juzgando? No, en serio, deja que se me escape una risa un poco desquiciada y te lo vuelva a preguntar: ¿me estás juzgando? Es decir, ¿te estás atreviendo a juzgarme? ¿Estás teniendo la tremenda osadía de juzgarme? ¿De juzgarme sin conocerme de nada? ¿Sin saber quién soy, de dónde vengo, adónde voy?

Pues haces mal. Haces muy pero que muy mal. Porque una cosa te aseguro: no es hoy el día de hacer eso, no, no lo es en absoluto. No es hoy el día de venir a molestarme, no es hoy el día de que alguien desconocido, que no sabe nada de mi historia y apenas acaba de asomarse a ella, se piense que puede opinar de mí, de mi vida o de mis preocupaciones estéticas. Quiero decir, probablemente cualquier otro día de la semana, del mes, del año, de la maldita vida, puedas juzgarme y yo, sonriente y cobarde, complaciente y estúpida, no te diré nada. Pero hoy no, hoy has elegido un mal día, en concreto has elegido un día de mierda para hacerlo.

Porque hoy estoy que muerdo, estoy que araño, hoy estoy que me levanto y me lío a golpes con el mundo entero. Y si te parece, si te parece por un momento, solo por un momento, si has tenido la increíble falta de tacto, de empatía, de inteligencia al fin, de pensar que soy una persona frívola sin nada dentro, que se preocupa solo por la ropa, pues piénsalo otra vez, so imbécil, piénsalo otra vez porque ya me gustaría verte a ti eligiendo qué demonios ponerte para el velatorio de tu difunto marido, que no lleva muerto ni cuarenta y ocho horas, joder.

(Mierda, ya me he puesto a llorar).

Perdón.

Siento este exabrupto.

Aunque deberías reconocer que sí me estabas juzgando. No pasa nada. La verdad es que yo también lo hubiera hecho. Quiero decir, si no supiera mis circunstancias. Pero como yo soy yo y según un señor que se llamaba Ortega y Gasset que se estudiaba antes en el colegio, «Yo soy yo y mi circunstancia», pues resulta que decir «Yo soy yo» equivale a decir «Yo soy yo y mi circunstancia»... Vaya, me estoy liando. A lo que voy. Que yo no me juzgaría, pero solo porque sé de sobra cuál es mi circunstancia. Y mi circunstancia es que estoy buscando una ropa negra adecuada para acudir al velatorio de mi difunto marido en vez de estar buscando un taxi en Covent Garden para acudir a ver el musical de *El rey león*. Y creo que cualquiera que esté pasando por un trago tan horriblemente malo merece, al menos, no ser juzgado.

2

Hace dos días

—Vaya por Dios. Justo ahora...

(Ese que habla es Enrique).

—¿Qué pasa?

(La que le contesta soy yo. Estamos en nuestro dormitorio, acabando de hacer las maletas para irnos a Londres en una escapada de tres días. Nuestro dormitorio es gris y blanco. Una buena cama que compramos en El Corte Inglés, unas bonitas mesillas que la madre de Enrique insistió en regalarnos y todo tipo de complementos de Ikea: cojines, mantas, estanterías... que acabé eligiendo yo, aunque insistí en que Enrique me acompañara).

—Pues que me he dejado el DNI en la oficina.

—Si tu cartera está ahí encima... —le digo yo.

—Sí, pero saqué el DNI para escanearlo para la firma de unos documentos y me lo he debido de dejar allí.

—Vaya. ¿Y el pasaporte? —le sugiero.

—Lo tengo caducado desde el año pasado.

—¿Aún? Pero si te he dicho mil veces que fueras y que lo reno...

—Que lo renovara lo antes posible, que nunca sabes cuándo te puede hacer falta —completa él mi frase sin equivocarse en una coma—. Ya lo sé, Amanda, ya lo sé.

—Odio que termines mis frases —protesto yo.

—Odio que me des consejos como si fueras mi madre —responde él, y añade, más bajo—: Antes no lo hacías.

—Pero si me hubieras hecho caso, ahora no tendrías que estar yendo a tu oficina, cuando vamos fatal de tiempo —le digo yo, molesta, mirando el reloj—. Tenemos que estar en el aeropuerto en dos horas y media.

—Tenemos tiempo suficiente —asegura, calzándose— y, por el camino, me sobrará tiempo para parar y comprarte unas flores, ceñito fruncido.

Y yo, a mi pesar, me echo a reír y le digo que no me llame así y que se deje de flores. Que prefiero que me las regale en Londres que son muchas más caras, ja.

Enrique se va y yo sigo haciendo mi maleta.

Solo diez minutos después, cuando estoy ya cerrando las cremalleras, suena el teléfono fijo. Me levanto y voy a cogerlo.

—¿Diga?

Nadie contesta.

—¿Sí? ¿Hola? —insisto yo.

Pero siguen sin contestar. Molesta, cuelgo. Desde hace dos o tres meses, alguien llama por teléfono, siempre desde un número oculto, y no dice nada. Supongo que será alguna chiquillada estúpida y que no debería darle ninguna importancia. Pero la verdad es que me fastidia sobremanera. Quizá no debería coger el teléfono cuando la llamada es de un número oculto. No sé cómo no lo había pensado antes.

Ya he cerrado mi maleta y estoy comprobando que tengo toda la documentación en la cartera cuando el teléfono vuelve a sonar. Dos veces en tan poco tiempo me parece demasiado. Además, parece que siempre pasa cuando yo lo cojo, nunca cuando es Enrique quien lo hace.

—¿Quién demonios eres, estúpido? —digo yo de mala leche al descolgar.

—¿Amanda Cid Suances? —pregunta una voz un poco asombrada, pero profesional y educada, al otro lado del teléfono.

Yo miro la pantalla. Ups. Es un número de teléfono fijo.

—Disculpe, lo había confundido con... con... con un... Disculpe. Soy yo, Amanda, sí. ¿Quién es?

—Señora Cid, me temo que tengo una muy mala noticia que darle —dice la voz al otro lado del teléfono.

Y ahí fue cuando todo se volvió del revés.

Cuando el Samur llegó, Enrique ya estaba muerto. El atropello había sido visto y no visto. Él estaba cruzando en rojo por un paso de peatones por la zona de Goya, a varias calles de

su oficina, haciendo fintas entre el tráfico y no vio a un coche que estaba tapado por un autobús en ese momento. El conductor tampoco lo vio a él. Por lo que dijeron los testigos, Enrique, en su apresuramiento, prácticamente se echó encima del coche: el conductor no pudo evitarlo de ninguna manera.

Por supuesto, de todos estos datos me enteré más tarde. Supongo que en aquella maldita llamada me los dijeron, pero a partir de «Su marido acaba de fallecer», yo ya no escuché nada más. No sé si seguí en la misma postura sin oír nada más o directamente dejé caer el teléfono. No sé nada. Solo sé que, a la hora en la que debería estar embarcando en un vuelo *low cost* destino Londres-Stansted, estaba sentada, en el medio de mi dormitorio, con una maleta hecha y otra sin acabar de hacer y el teléfono arrancado de cuajo de la pared.

Yo no recuerdo haber arrancado el teléfono de la pared, aunque tuve que haberlo hecho yo, claro, pues cuando mi amiga Laura llegó (imagino que yo la llamaría desde el móvil, pero tampoco lo recuerdo), el teléfono ya estaba arrancado. ¿Por qué arranqué el teléfono de la pared? No lo sé. ¿Por qué alguien arrancó a Enrique de mi vida? Tampoco lo sé. Pero hubiera preferido que me arrancaran un brazo. O una pierna. Si así hubiera sido, al menos, habría seguido sintiéndome yo. Mutilada, pero yo. De esta forma, sin embargo, sin Enrique, ni tan siquiera sabía qué significaba ser yo. Así de acostumbrada estaba a Enrique.

Tengo treinta y seis años. Me hice novia de Enrique con dieciséis. Fuimos novios hasta los veintisiete y a los veintiocho nos casamos. Es decir, había pasado más tiempo de mis treinta y seis años de vida con Enrique que sin él. Y ahora Enrique estaba muerto. Ese era el balance de mi situación actual.